

## **POLÍTICA CIENTÍFICA: *ZIDANES SIN PAVONES***

Hace algunos años se inició la estrategia de recuperar grandes cerebros exiliados, de cuyo genio y trabajo se beneficiaban países extranjeros, después de haber sido formados a nuestras expensas. Además de remediar tan ruinosa inversión, la iniciativa perseguía el loable propósito de impulsar y engrandecer la siempre alicaída ciencia nacional. Los catalogados como *galácticos* fueron fichados *a la carta*, adjudicándoles centros exclusivos y plantillas de investigadores seleccionadas con parámetros presuntamente rectos y límpidos. Esta tendencia se ha acrecentado al máximo en las políticas científicas actuales y –con mínimos matices–, se aplica en la selección de grupos escogidos propios, por las comunidades autónomas. Existe la percepción de que se favorece preferentemente la actividad de ciertos grandes equipos considerados como excelentes (*zidanes*, en el argot futbolístico), en detrimento de la numerosa cantera de grupos minoritarios (*pavones*), que deben conformarse con las migajas de la financiación científica. Poderosas razones expresadas en términos de “excelencia”, “calidad”, “competitividad” o “índices de impacto” parecen justificar tal decisión, cuyas virtudes no terminan de resultar palmarias ni convincentes.

En principio, la política oficial de recuperación de *zidanes* descansa sobre algunas premisas erróneas o, al menos, muy cuestionables. (i) No es verdad que el tamaño de los grupos sea directamente proporcional a la trascendencia de la investigación que desarrollan; es decir, los más grandes no son necesariamente los mejores. Son abrumadores los ejemplos de premios Nobel otorgados a laboratorios reducidos o unipersonales. (ii) No es verdad que publicar mucho implique necesariamente concluir en descubrimientos de impacto o avances científicos de vanguardia. (iii) No es verdad que el trabajo brillante de grupos puntuales, privilegiadamente escogidos y financiados, sea una muestra representativa de la ciencia española. Tan sólo representan un escaparte ficticio, un oasis aislado en la inmensidad del desierto.

Por el contrario, esta programación ha conllevado serias connotaciones negativas sobre nuestro –ya de por sí– yermo panorama científico. La incorporación de talentosos cerebros foráneos no ha tenido el esperado *efecto locomotora* que potenciase la investigación global, tampoco ha significado el adecuado revulsivo para incrementar la nimia contribución privada al esfuerzo investigador. La construcción de nuevos centros y la consolidación de sus equipos, ha detraído ingentes recursos del exiguo presupuesto común (aún no se ha concretado la promesa electoral del

presidente Zapatero de aumentarlo un 25%), condenando al ostracismo a grupos minoritarios, pero de actividad muy estimable. Este año, sin ir más lejos, el porcentaje denegatorio en la convocatoria pública de proyectos nacionales, ha sido anormalmente elevado.

Más aún, asumiendo el concepto estajanovista de la ciencia como una fábrica dedicada a la producción masiva de resultados publicables en revistas de prestigio; en apariencia nadie se ha preocupado de medir el rendimiento de los grupos excelentes, mediante el cociente entre su nivel de producción partido por el dinero que ingresan y el número de investigadores que los integran. La aplicación general de este criterio revelaría seguramente bastantes sorpresas. A modo de ejemplo, extrapolemos esa ecuación a un asunto de indudable trascendencia nacional, cuál es el fútbol, y preguntemos quien sale más rentable -al margen de temas mediáticos-, atendiendo a la relación rendimiento/coste: Zidane versus Casillas, o Ronaldinho versus Puyol. Tal vez la respuesta diste mucho de ser evidente. Es ésta grave cuestión a resolver, puesto que como sociedad presumimos de tener la mejor Liga futbolística del mundo, pero estamos a años luz de tener una investigación estratosférica.

La conclusión parece obvia. Del mismo modo que es imposible construir un equipo de fútbol exclusivamente con galácticos o un ejército únicamente con generales, tampoco parece racional diseñar una política fundada en un número minoritario de científicos excelentes, orillando a la par el inmenso potencial de grupos minoritarios, cuyos investigadores se han formado en el extranjero, tienen la misma o más capacidad que los excelsos y dentro de sus posibilidades y condicionantes, han sido capaces de poner en marcha líneas de investigación de primer nivel.

**Juan Carlos Argüelles**